

agitación que ellos con cualquier pretexto reproducían, fuese enteramente estéril. El parlamento lo más que podía hacer era quebrantar la monarquía.

V.—*El atentado de Damiens y la desgracia de Machault y del conde de Argensón* (1)

El día 5 de febrero de 1757, á las seis de la tarde, el rey recibió una puñalada en un costado mientras subía, en el palacio de Versalles, á su carroza para ir á cenar á Trianon; y aunque la herida era leve, se temió que el arma estuviera envenenada. Luis XV se metió en cama y se confesó; el arzobispo de París mandó que se hicieran rogativas de cuarenta horas, y los teatros se cerraron; pero el público sintió, más que otra cosa, curiosidad por los pormenores del atentado. Quedaba muy atrás el tiempo aquel en que el temor de perder al rey consternaba á Francia.

Como el asesino Damiens había sido mozo de sala de los jesuitas, á éstos aludieron los libelos que se publicaron; pero después corrió el rumor de que había estado al servicio de algunos jansenistas y sobre todo de algunos magistrados y entonces á los jansenistas y al parlamento tocó el turno de ser acusados de complicidad. Damiens era simplemente un desequilibrado, que no había querido asesinar al rey, sino tan sólo recordarle sus deberes; pero el gobierno, creyendo en la existencia de una conspiración, mandó prender á eclesiásticos, persiguió á los que tenían en su poder escritos sediciosos y á impresores, envió á galeras á libreros y vendedores ambulantes y desterró á varios escritores. El asesino sufrió el mismo suplicio, que Ravailac, en 28 de marzo de 1757: quemáronle la mano derecha, le atenacearon, derramaron plomo ardiente sobre sus heridas y lo descuartizaron. Durante los cinco cuartos de hora del tormento, se mostró animoso á las miradas de una multitud inmensa que llenaba la plaza de Greve, las ventanas, las buhardillas y los tejados.

El rey, pensando que su herida era mortal, había ordenado al delfín que presidiese el Consejo y pedido á la reina perdón de todas sus culpas para con ella. Los cortesanos creyeron que la señora de Pompadour estaba perdida, y Machault, efectivamente, se presentó en sus habitaciones para darle á entender que el rey deseaba que se alejase; pero sus amigos le aconsejaron que no se fuese, y, según parece, la mariscal de Mirepoix le dijo: «El señor de Machault os hace traición; quiere ser el amo, y para perder la partida no tenéis que hacer más que abandonarla.» La marquesa esperó los acontecimientos, y el rey, en cuanto se hubo tranquilizado, ya no pensó en despedirla. En cambio, Machault pagó cara la que el partido de la Pompadour llamaba traición; en efecto, en 1.º de febrero de 1757 escribióle el rey:

«Las presentes circunstancias me obligan á pedirlos

(1) FUENTES: De Argensón (t. V), du Hausset, Henault, Moulle de Angerville (t. III), ya citados. *Lettres inédites du poète Robbé de Beauvais*, pub. por G. de Heilly, 1876. *Pièces originales du procès Damiens*, París, 1737. Ravaissón, *Archives de la Bastille*, t. XXI.

OBRA DE CONSULTA: Campardón, de Goncourt (*Mme. de Pompadour*), ya citados. De Heilly, *Le Parlement, la Court et la Ville pendant le procès Damiens*, París, 1875.

de nuevo mis sellos y la dimisión de vuestro cargo de secretario de Estado de la Marina. Contad siempre con mi protección y mi amistad; si tenéis que pedirme alguna gracia para vuestros hijos, podéis hacerlo en todo tiempo. Conviene que permanezcáis una temporada en Arnouville. Os conservo vuestra pensión de veinte mil libras y los honores de canciller mayor.»

Luis XV se desprendía muy á disgusto de Machault, á quien quería por su inteligencia y por su capacidad: «Tanto han hecho, escribía aquel mismo día, que me han obligado á destituir á Machault, el hombre que me era agradable; nunca me consolaré de ello.»

Al mismo tiempo que Machault, cayó el conde de Argensón; la desgracia del primero hizo de éste el ministro preponderante, y para ser omnipotente quiso reemplazar cerca del rey á la marquesa, de quien era enemigo, por la condesa de Esparbés. «El indeciso se ha decidido al fin, escribió, según parece á esa dama; el canciller ha sido destituido; vos, querida amiga, volvéis, y seremos amos del cotarro.» De Argensón negó la autenticidad de aquella carta, que tal vez fué confeccionada por otro; pero lo cierto es que, luego que la señora de Pompadour la hubo enseñado al rey, aquél fué confinado á sus tierras de Orleáns.

Por lo demás, la principal razón de la destitución de ambos ministros pudo muy bien ser que el rey Luis XV, espantado del atentado de Damiens, creyó conveniente alejar del ministerio á los hombres que habían concitado más odios contra ellos: Machault, como autor del vigésimo, y el conde de Argensón, como jefe del partido devoto.

En julio del mismo año 1757 fué destituido también el secretario de Estado de los Negocios Extranjeros, Rouillé. Luis XV no dió sucesor á Machault como canciller, sino que conservó los sellos hasta octubre de 1761; pero en la Marina, Machault fué substituido por Peirenc de Morás, y el conde de Argensón lo fué en la Guerra por el marqués de Paulmy, su sobrino, quien, en 2 de marzo de 1758, cedió su puesto al mariscal de Belle-Isle. El sucesor de Rouillé había de ser el abate de Bernis. El público decía que los ministros cambiaban como las decoraciones de la Ópera; y la duquesa de Orleáns al encargar á cierto personaje que fuese á Versalles para dar la enhorabuena á uno de ellos, añadía: «¡Por lo menos enteraos de si todavía lo es.»

## CAPITULO II

### LA GUERRA DE SIETE AÑOS (2)

I. El trastorno de las alianzas.—II. Las operaciones continentales de la guerra de Siete Años; comienzos de Choiseul (1756-1763).—III. La guerra marítima y colonial; Montcalm y Lally-Tollendal (1756-1763).—IV. El tratado de París.

#### I.—*El trastorno de las alianzas*

La paz firmada en 1748 entre Inglaterra y Francia no podía ser duradera. Los ingleses la deploraban, porque á cambio de la evacuación de los Países Bajos,

(2) FUENTES: De Argensón (t. V y VII), Barbier (t. III y IV), Bernis (*Mémoires et lettres*); Choiseul, Duclós (*Mémoires*), Senac de Meilhan, Soulavie (*Mém. hist.*), ya citados; Besenval (de),

consentida por Luis XV, ellos habían tenido que levantar el bloqueo de Burdeos y Nantes y restituir el Cabo Bretón y Luisburgo, y lamentaban el trato hecho. En las ciudades y en los puertos despertóse nuevamente el espíritu bélico, en cuanto se reanudó la competencia francesa; y los comerciantes reclamaron una política hasta agresiva que les asegurase la libertad de acción en

*Mémoires*, París, 1805-1806, 4 vol.; *Correspondance secrète inédite de Louis XV*, pub. por Boutarie, 1866, 2 vol. Federico II, *Oeuvres, Histoire de la guerre de Sept Ans*, 1763; *Histoire de mon temps; Politische Correspondenz*, ya citadas. *Geschichte des Siebenjährigen Krieges*, Berlín, 1827-1847, 6 vol. Federico II, *Friedrichs des Grossen Anschauungen vom Kriege in ihrer Entwicklung, von 1745-1756*, en *Kriegsgeschichtliche Einzelschriften* (publicación del Estado Mayor alemán, núm. 27), Berlín, 1899, Levis (de), *Lettres (concernant la guerre du Canada)*, Montreal y Quebec, 1889-1895, 12 vol. *Journal et campagne du Canada (1756-1760)*, Montreal, 1859. Martange (general de), edecán del príncipe Javier de Sajonia, *Correspondance (1756-1782)*, París, 1898. *Preussische und Oesterreichische Akten zur Vorgeschichte des Siebenjährigen Krieges*, pub. por von Volz y Kuntzel, Leipzig, 1899. Mariscal de Broglie, *Correspondance avec le prince de Saxe*, publicado por el duque de Broglie y J. J. Vernier, 4 vol., París, 1904-1905. *Briefve Preussischer Soldaten, Urkundliche Beiträge und Forschungen*, cuaderno 2, Berlín, 1901. *Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France: Farges (Polonia), Gelfroy (Suecia y Dinamarca), Rambaud (Rusia), Sorel (Austria). Les derniers jours de l'Acadie (1748-1758). Correspondance extraite du portefeuille de M. Le Courtois de Surville* (teniente general de los ejércitos del rey, ex mayor de las tropas de la Isla real), pub. por du Boscq de Beaumont, París, 1899. Saint-Germain (conde de), *Mémoires*, Londres, 1779. Schlitter, *Correspondance secrète entre le comte A. W. Kaunitz-Rietberg, ambassadeur impérial à Paris, et le baron Ignaz de Kosh, secrétaire de l'impératrice Marie-Thérèse (1750-1752)*, París, 1899. Talleyrand (de), *Mémoires*, pub. por de Broglie, París, 1890-1892, 5 vol., t. V. (Choiseul). *Correspondance of W. Pitt with colonial Governors*, pub. por Kimball, Nueva York, 1906, 2 vol.

OBRA DE CONSULTA: Arneth (de), Aubertin, Boutarie (*Études sur la politique personnelle de Louis XV*), de Broglie (*Le secret du Roi, L'Alliance autrichienne*); Campardón (*Mme. de Pompadour*), de Carné (*La monarchie française*), Chabaud-Arnault, Cousin, Gebelin, de Goncourt (*Mme. de Pompadour*), Green, Jobez (t. V, VI y VII), Koser, Lacour-Gayet, Lacreteille, Mallesón, Pajol (t. IV á VII), Perey (*Duc de Nivernais*), Rousset (*Comte de Gisors*), ya citados. Bourguet, *Études sur la politique étrangère du duc de Choiseul*, París, 1909. Boutry, *Choiseul à Rome; Lettres et mémoires inédits (1754-1757)*, París, 1895. Calmettes (Pedro), *Choiseul et Voltaire, d'après les lettres inédites de Choiseul à Voltaire*, París, 1902. De Cisternes, *Le duc de Richelieu, son action aux conférences d'Aix-la-Chapelle, sa retraite du pouvoir*, París, 1898. Id., *La campagne de Minorque d'après le journal du commandeur Glandevéz*, París, 1899. Daubigny, *Choiseul et la France d'outre-mer après le traité de Paris*, París, 1892. Filón, *L'ambassade de Choiseul à Vienne, en 1757 et 1758*, París, 1872. Napoleón I, *Précis des Guerres de Frédéric II*, París, 1872, 3 vol. Naudé, *Beiträge zur Entstehungsgeschichte des Siebenjährigen Krieges*, Leipzig, 1895-1896, 2 vol. *Der Siebenjährige Krieg* (publicación del Estado Mayor alemán), 4 vol., Berlín, 1901-1902. Rambaud (A.), *Russes et Prussiens (pendant la) guerre de Sept Ans*, París, 1895. Schäfer, *Geschichte des Siebenjährigen Krieges*, Berlín, 1867-1874, 3 vol. Soulange-Bodin, *La diplomatie de Louis XV et le pacte de famille*, París, 1894. Vandal, *Louis XV et Elisabeth de Parme*, París, 1882. Waddington (Ricardo), *Louis XV et le renversement des alliances; Préliminaires de la guerre de Sept Ans (1754-1756)*, París, 1896. *La guerre de Sept Ans, histoire diplomatique et militaire*, París, 1898-1908, 4 vol. Vast, *La guerre de Sept Ans*, y Rambaud, *L'Hindoustan en el tomo VII de la Histoire générale du IVº siècle à nos jours*. Heigel (T.), *Friedrich der Grosse und der Ursprung des Siebenjährigen Krieges (Neue geschichtliche Essays)*, Munich, 1902. Bourdeau, *Le grand Frédéric*, 2 vol., París, 1902. General Bonnal, *De Rosbach à Ulm*, París, 1903. Ruville (A. von), *William Pitt, Graf von*

todas partes. En América, los colonos ingleses estaban resueltos á luchar á todo trance contra los colonos franceses.

En el momento en que va á empezar la guerra entre Francia é Inglaterra por la posesión de la América del Norte, sucedense en la costa del océano Atlántico, entre el Canadá francés y la Florida, las trece colonias fundadas por los ingleses en los siglos XVII y XVIII, que se hallan envueltas, al Oeste, por las posesiones francesas. En efecto, los franceses, á partir del siglo XVII, han comenzado desde el Canadá la penetración interior, en la región de los grandes lagos, fundando factorías en el lago Superior, en el Ontario y en el Michigán. De este último partió en 1679 Cavelier de la Salle en busca del Mississipi, del que sólo se conocía el trozo inferior, descubierto por los españoles, y en 1682 descendió por el río hasta la desembocadura, y tomó posesión del extenso valle, que, en honor de Luis XIV, denominó Luisiana. Al morir aquel explorador en 1687, algunos centenares de colonos franceses vivían en el bajo Mississipi, y en 1718 fundóse la ciudad que, en honor de Felipe de Orleáns, regente de Francia, se llamó Nueva Orleáns. De suerte que la dominación francesa se extendía de Norte á Sur, desde el San Lorenzo al Mississipi, río este último que, por un momento, llevó el nombre de San Luis.

Esta dominación, con ser muy extensa, no era sólida porque los franceses eran, en América, muchos menos en número que los ingleses; en efecto, á mediados del siglo XVIII se calculaba que la población del Canadá ascendía á sesenta mil hombres y la de las trece colonias inglesas á dos millones. La población inglesa no era homogénea, sino que se diferenciaba según la procedencia de los colonos y según la naturaleza de los territorios. Algunos puritanos que en el siglo XVII habían huido de la persecución anglicana, habíanse establecido en las cuatro colonias del Norte que, juntas, constituían lo que se denominaba Nueva Inglaterra (1), y cultivaban, en un clima frío, tierras poco fértiles, viviendo, además, de los productos de la pesca. Al Sur de Nueva Inglaterra había cuatro colonias (2) compuestas de elementos diversos, entre ellas alemanes luteranos, que habían huido de la persecución, protestantes irlandeses y cuáqueros; en aquellos territorios, en donde estaban situadas las dos ciudades más grandes de la

*Chatham*, 3 vol., Stuttgart y Berlín, 1905. Fleury de Saint-Charles, *Un attaché militaire français à la cour de Russie* («Revue d'histoire diplomatique», t. XVII). Kuntzel, en «Forschungen zur Brandenb. und Preuss. Gesch.» t. XIV y XV, y Cahen, en «Rev. d'hist. mod. et contemp.» abril, 1909 (sobre las memorias de Bernis). Gerber, *Die Schlacht von Leuthen* («Hist. Studien», cuaderno XXVIII), Berlín, 1901. Laubert, *Die Schlacht beim Künersdorf*, Berlín, 1900. Favé, *Études sur le passé et l'avenir de l'artillerie*, 6 vol., París, 1846-1871, en el tomo IV. Mention, *L'armée de l'Ancien Régime*, París, 1900. E. Desbriere y Sautai, *La cavalerie de 1740 á 1789*, París, 1906. Comandante E. Picard y teniente Jouán, *L'artillerie française au XVIIIº siècle*, París, 1905. Teniente Dublanchy, *Une intendance d'armée au XVIIIº siècle*, París, 1906. Sautai, *Montcalm au combat de Carillon*, París, 1909. Casgrain, *Wolfe and Montcalm*, Londres, 1905. Guenin, *Montcalm*, París, 1898. Bradley, *The Fight with France and North America*, Westminster, 1900.

(1) Nueva Hampshire, Massachusets, Rhode-Island, Connecticut.

(2) Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania, Delaware.

América inglesa, Nueva York y Filadelfia, cultivábase especialmente el trigo. Finalmente, en las cinco colonias del Sur (1), de clima cálido y tierras fértiles, varios hidalgos ingleses vivían noblemente en tierras cultivadas por negros. Pero aquellos colonos ingleses, aun siendo diferentes unos de otros, tenían de común el ser, dentro de sus colonias, independientes y libres, administrándose por sí mismos sus negocios; además, todos tenían el mismo interés en disputar á los franceses aquella región del Oeste, su *Hinterland*. De los colonos ingleses, los más enérgicos eran los del Norte, los que estaban en contacto inmediato con el Canadá; entre ellos no había aristocracia, sino que todos vivían pobre y rudamente en sus aldeas y recibían la instrucción de maestros de escuela y de pastores, que eran, con los jueces, los principales personajes de las colonias. Consecuencia natural de la superioridad numérica de los ingleses era la superioridad de su fuerza militar; esta fuerza consistía, por ambas partes, en tropas enviadas de la metrópoli, pero también y sobre todo en milicias locales, pues al servicio de la milicia estaban obligados los colonos ingleses y franceses. Los milicianos de Nueva Inglaterra eran por sí solos más numerosos que todos los milicianos de la inmensa colonia francesa.

La superioridad de los ingleses se vió reforzada y la inferioridad de los franceses agravada por la conducta de los respectivos gobiernos. Bien es verdad que uno y otro practicaban respecto de sus colonias la misma política económica, pretendiendo venderles sus productos manufacturados y reservándose la compra de los productos naturales de las mismas; y aun el gobierno inglés mostrábase más riguroso que el de Francia, puesto que en la primera mitad del siglo XVIII prohibió industrias que intentaron establecerse en las colonias de América, así como las relaciones comerciales con extranjeros. Todo había de ir á Inglaterra y venir de Inglaterra; mas como el régimen aduanero de la metrópoli era deficiente, hacíase el contrabando en grande escala. Aquel gobierno, en un principio, no quiso interesarse por unas colonias que nada le producían; así es que los colonos ingleses pudieron lamentarse, tanto como los franceses, del desdén de la metrópoli. Pero Inglaterra comenzaba á ser manufacturera y su comercio adquiría cada día mayor desarrollo; sus productores y sus comerciantes tenían, para hacer valer sus intereses, la prensa y el parlamento; la opinión pública inglesa estaba enterada de los asuntos coloniales, y además llegaban allí los llamamientos de las colonias americanas. La opinión no tardará en pedir la destrucción del poderío militar y colonial de Francia.

El conflicto se anunció á raíz de la paz de Aquisgrán, á propósito de los límites de la Acadia que ni en Utrecht ni en Aquisgrán habían sido precisados, y las hostilidades comenzaron en el territorio disputado, en donde las dos partes construyeron fuertes; y aunque allí se suspendieron á consecuencia de instrucciones enviadas desde Francia é Inglaterra, entablóse seriamente la lucha en la región del Ohío, en donde estaba el principal punto estratégico por ser la corriente del Ohío el camino más corto entre el Canadá y la Luisiana.

(1) Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Georgia.

En 1753, el virginiano Trent recibió del gobernador de la Virginia la orden de «desalojar á los franceses, y en caso de negativa ó resistencia de éstos, de matar, destruir ó hacer prisionera á toda persona no sometida al rey de Inglaterra que tratase de establecerse en las orillas del Ohío.» El gobernador del Canadá, Duquesne, envió un destacamento mandado por Contrecoeur para que expulsase á los negociantes ingleses de los territorios discutidos, y Trent, demasiado débil, hubo de abandonar el fuerte que construía en la confluencia del Alleghany y del Monongahela y que, terminado por Contrecoeur, fué el fuerte Duquesne. Algún tiempo después, en 28 de mayo de 1754, un oficial francés, Jumonville, enviado como parlamentario, fué sorprendido en un bosque y asesinado, á pesar de su cualidad, que fué desconocida, por un destacamento de virginianos, reforzado por Pieles Rojas y mandado por Washington. Contrecoeur envió inmediatamente una columna, á las órdenes de Villers, hermano de Jumonville, que alcanzó, sitió é hizo capitular á los ingleses en el fuerte Necesidad, más abajo del fuerte Duquesne.

Entonces los gobernadores de Virginia y de Massachusetts organizaron cuerpos de tropas y proyectaron, bajo su propia responsabilidad, ataques contra los fuertes enemigos. La noticia de aquellos sucesos produjo en Londres «una fermentación bastante grande entre los comerciantes,» y el ministerio, que hasta entonces habíase mostrado conciliador, cedía á la corriente de la opinión pública. Robinsón, ministro de Negocios Extranjeros, decía al embajador de Francia: «Vos discutiréis tranquilamente... y obráis seguro bajo la autoridad de vuestro rey; pero no nos sucede á nosotros lo mismo, sino que todo cuanto hagamos con vos responderán la cabeza del duque de Newcastle y la mía.» Ya en julio de 1754 el gobierno inglés había autorizado á los gobernadores de Massachusetts y de Nueva Escocia para atacar los fuertes franceses; pero al saber la capitulación del fuerte Necesidad, se expresó en términos más enérgicos:

«Toda la América del Norte se perderá, escribe Newcastle, si toleramos tales procedimientos; ninguna guerra sería peor para nuestro país que soportar hechos semejantes. La verdad es que los franceses reclaman la posesión de toda la América del Norte, exceptuando la faja del litoral, en la cual querrían encerrar todas nuestras colonias; pero esto ni podemos ni queremos sufrirlo.»

A principios de octubre de 1754, la corte de Londres enviaba á América refuerzos al mando del general Braddock.

No era aquello la guerra todavía, porque el gabinete inglés, y sobre todo el duque de Newcastle, deseaban la paz, aunque con la pretensión de conseguir un arreglo de fronteras según sus «conveniencias.» El gabinete francés no comprendió el peligro; no supo conservar la paz mediante concesiones, ni preparar la guerra, sino que persistió «en la seguridad» y en «la apatía.» Por otra parte, el rey «se inclinaba á los propósitos pacíficos» y la señora marquesa de Pompadour opinaba como él.

En América, los colonos ingleses acusaban á sus vecinos de actos atroces, y estas acusaciones las hacían públicas varias sociedades religiosas como la Sociedad para la propagación del Evangelio, y los comerciantes

ingleses, se agitaban por interés y por fanatismo. En 25 de marzo de 1755, el rey Jorge pidió al parlamento, que se lo otorgó, un subsidio de un millón de libras esterlinas «para defender los justos derechos y las posesiones de su corona en América;» y en vista de que Francia persistía en no tomar la iniciativa del rompimiento, la corte de Londres quiso obligarla á ello. En el momento en que Braddock celebraba en Alejandría, en la desembocadura del Potomac, un gran consejo de guerra y adoptaba un plan general de ataque contra las posesiones francesas, el almirante Boscawen recibió la orden de dirigirse á la costa de Acadia, reunirse allí con las fuerzas navales que estaban en Halifax y situarse en crucero delante del puerto de Luisburgo á fin de interceptar á los buques franceses destinados á dicho puerto, ó al golfo ó río de San Lorenzo, ó á cualquiera de los establecimientos que Francia tenía en aquellos parajes. «Si encontráis buques de guerra franceses ú otros que lleven á bordo tropas ó municiones de guerra, decían las instrucciones, haréis lo que podáis para apoderaros de ellos; y en caso de que os opongan resistencia, emplearéis los medios de que disponéis para capturarlos y destruirlos.»

Pronto iba á presentarse ocasión de poner en práctica esas instrucciones. El grueso de una escuadra salida de Brest había podido llegar felizmente á Luisburgo y Quebec, pero tres buques que se habían extraviado, el *Alcide*, el *Lys* y el *Royal Dauphin*, fueron á parar, en 10 de junio de 1755, cerca de los bancos de Terranova, en donde se hallaba la escuadra inglesa. Los ingleses comenzaron el combate. El comandante del *Alcide* «cogió él mismo la bocina y repitió dos veces la misma pregunta: «¿Estamos en paz ó en guerra?» Del buque inglés inmediato, el *Dunquerque*, contestó el comandante: «¡La paz, la paz!» pero al mismo tiempo se le oyó distintamente gritar *Fire* (fuego), y en el acto fué obedecido.» El *Royal Dauphin* pudo huir, pero el *Alcide* y el *Lys* hubieron de capitular. Poco tiempo después, Hawke capturaba trescientos barcos, que valían unos treinta millones.

Creyése en Europa que la ruptura se produciría en seguida; pero el gobierno francés todavía no se resignaba á ello. Indudablemente fué grande la emoción que causó en Francia la empresa de Boscawen: «El rey, escribe el enviado prusiano, mostrábase muy triste durante la comida;» pero aun después que Rouillé hubo llamado al embajador en Londres, Maurepoix, el gabinete francés siguió negociando por intermediación de algunos personajes oficiosos. Luis XV, para demostrar su voluntad de mantenerse dentro de los límites del derecho, ordenó que se pusiese en libertad á Tomás Lyttleton, gobernador de la Carolina del Sur, que había sido hecho prisionero por una fragata francesa mientras se dirigía á tomar posesión de su cargo; mas al fin fué preciso rendirse á la evidencia y, á últimos de diciembre de 1754, el gabinete francés se decidió á lo que era ya inevitable.

La corte de Versalles pidió auxilio á la de Madrid, pues España era la única nación que, por su marina, podía prestarle socorro eficaz contra Inglaterra; pero no consiguió de ella otra cosa que el consejo de que se arreglase con los ingleses. En la corte, de Argensón,

Belle-Isle y otros opinaban que sería jugar una partida desigual el limitar la guerra á una lucha por mar y en las colonias, y que era menester, por consiguiente, atacar en Hannover al rey de Inglaterra y en los Países Bajos á María Teresa, su aliada, ninguno de los cuales, en su concepto, se hallaba en condiciones de defender aquellas posesiones contra las fuerzas francesas á las que creíase que se unirían las del rey de Prusia. «Si yo fuera rey de Francia, habíadicho Federico al caballero de Latouche, enviaría un numeroso cuerpo de tropas á Westfalia, para llevarlo luego al electorado de Hannover; este es el medio más seguro de obligar á ese...» y aquí ponía un insulto para el rey de Inglaterra. Pero Luis XV consideraba indigno de él invadir los Países Bajos, estando como estaba María Teresa á punto de separarse de la alianza inglesa; y por otra parte, la marquesa de Pompadour temía que una guerra terrestre apartase de ella al rey. Finalmente, Machault, celoso de Argensón, quería reservar para la marina todos los recursos disponibles. Aquel gobierno, tan dividido, era incapaz de escoger una política.

Inglaterra, sabiendo que era impotente para defender los Países Bajos y Hannover, buscó protectores para esos territorios. En Viena, adonde se dirigió primeramente, sus indicaciones fueron mal acogidas. María Teresa, que ningún interés tenía en la contienda de las potencias marítimas, deseaba mantenerse alejada de ella, aunque por honor se avenía á cumplir los compromisos que en 1743, por el tratado de Worms, contrajera respecto del rey Jorge, con tal que éste, á su vez, cumpliera los que había contraído para con ella. Pero para esto era preciso que Jorge enviase tropas inglesas al continente, cosa que el parlamento británico no habría permitido; así es que las negociaciones quedaron rotas. No fué mejor el éxito alcanzado en Holanda: en mayo de 1755, los holandeses expusieron á un emisario de Inglaterra el mal estado de sus fronteras y la falta de dinero; y como el emisario no tenía dinero que ofrecerles, hubo de reembarcarse.

El gabinete británico quiso, por lo menos, asegurar el Hannover, pues el rey Jorge, más alemán que inglés, no habría perdonado á sus ministros la pérdida de su electorado. Pero Inglaterra nada podía esperar de los príncipes alemanes mientras Prusia se mantuviese hostil á Inglaterra, y nada había que hacer tampoco con Dinamarca y Suecia. Quedaba Rusia que era un gran vivero de hombres y en donde las conciencias se vendían y no muy caras; sir Hanbury Williams, que estaba negociando allí desde hacía dos años, consiguió firmar el tratado deseado en 19 (30) de septiembre de 1755, por el cual la emperatriz Isabel se obligaba á tener en Livonia, á la disposición del rey de Inglaterra, un cuerpo de cincuenta y cinco mil hombres para defender el Hannover, y una flota de cuarenta á cincuenta galeras; Jorge, en cambio, pagaría á su aliada una anualidad de cien mil libras en tiempo de paz y de quinientas mil en caso de guerra.

Esta victoria diplomática de Inglaterra desencadenó, contra lo que el gabinete inglés esperaba, la guerra europea al provocar un cambio de actitud del rey de Prusia. Federico II, desde la paz de Aquisgrán, consideraba muy precaria su situación; sabía que estaba rodeado de enemigos y había podido convencerse de la persistente

enemistad de Austria que hacía una guerra de sutilezas y de libelos á propósito de la paz de Dresde. Por otra parte, estaba muy mal con su tío, el rey Jorge, á quien profesaba sentimientos muy poco familiares que su lengua y su pluma revelaban con igual indiscreción. Desde 1750 no tenía embajador en Londres y había solicitado la retirada del embajador inglés en Berlín; y cuando la corte de Inglaterra se negó á indemnizar á unos súbditos prusianos por la captura de sus buques, durante la anterior guerra, Federico concentró cerca de Hannover un pequeño ejército.

Pero la actitud que pudiera adoptar Rusia le inquietaba extraordinariamente. El canciller Bestujef aconsejaba á la zarina que destruyese el poder prusiano que era un obstáculo á los progresos de los rusos en la región báltica; y aunque el rey de Prusia sabía la debilidad del organismo moscovita y comparaba el ejército ruso con un cuerpo robusto sin cabeza, la hostilidad de Rusia paralizaba sus movimientos. Por esto era aquella nación su pesadilla.

A tantos enemigos ó malévolos Federico sólo podía oponer la Francia, y el contrapeso parecía insuficiente, pues admirablemente informado por sus embajadores en París, sobre todo por el perspicaz Knyphausen, conocía las miserias del gabinete francés.

«Lo que me impresiona más que todo esto es la diferencia grande con que los ministros de Francia miran estos asuntos y la actividad demasiado visible con que los enemigos de Francia llevan adelante su plan para cansar su poder y despojarla de toda influencia en todos los negocios de Europa, sin que los tales ministros empleen ninguno de los medios que sería menester para evitar todas las funestas consecuencias que de ello resultarán.»

El rey de Prusia estaba, pues, resuelto á no comprometerse con Francia; de aquí que le hubiese inquietado el conflicto que se iniciaba en las colonias y que buscara la manera de impedir que degenerase en una guerra, en la cual podría verse envuelto, dando consejos, proponiendo planes y excusándose cuando se le habló de cooperar á ella. Quería ganar tiempo hasta el momento, muy próximo, en que expiraría la alianza con Francia, y prohibía á Knyphausen que hablase de renovarla, pues lo mejor era conservar las manos libres.

Al tener noticia de que se negociaba una aproximación anglo rusa, pensó que podría redundar este suceso en provecho propio si él, á su vez, se aproximaba á Inglaterra. La corte de Londres modificaba, desde hacía algún tiempo, sus sentimientos respecto de él, y temerosa de la resistencia que había de oponer el Parlamento á votar subsidios, dábale miedo recurrir á la cooperación armada de Rusia, comprendiendo que era mejor inutilizar á ésta poniendo el Hannover al abrigo de todo ataque mediante una inteligencia con Prusia, con lo cual Inglaterra conservaría el beneficio de la amistad rusa, sin pagarla demasiado cara. En su consecuencia hicieron algunas indicaciones á Federico que las acogió con satisfacción, y en 16 de enero de 1756 firmóse en Westminster un tratado de alianza defensiva, por el que ambas potencias se comprometían á mantener la paz en Alemania oponiéndose á la entrada ó al paso de ejércitos extranjeros.

Por vez primera desde 1748 considerábase Federico

enteramente seguro. Con esa adhesión á la alianza de San Petersburgo «amordazaba al oso ruso» sin exponerse á nada y frustraba las malas intenciones de María Teresa. En cuanto á Francia, no se le ocultaba que su cambio de frente desencadenaría su cólera; pero creía que el mal humor pasaría pronto, porque los franceses comprenderían que le había sido forzoso acercarse á Jorge II, so pena de arruinarse, y ¿qué ventaja habrían ellos sacado de su ruina? Por el contrario, siendo amigo de los beligerantes, podía contribuir á la paz con sus buenos servicios. Ciertamente que la corte de Versalles había de renunciar á la invasión de Hannover; pero esta empresa era impracticable desde la firma del tratado anglo-ruso. Por otra parte, el rey de Prusia había reservado á Francia compensaciones eventuales; así, para permitir á ésta la conquista de los Países Bajos austriacos, habíalos excluido, por medio de un artículo secreto del tratado de Westminster, de la neutralidad que Inglaterra y él garantizaban á Alemania. Por esto, desde el comienzo de las negociaciones con el rey Jorge, había anunciado á Francia que se le hacían importantes proposiciones y pedido el envío de una persona con quien tratar.

Equivócase, sin embargo, respecto de las disposiciones de Francia. En Versalles, descubriéronse poco á poco las intenciones del rey de Prusia, pero en un principio hizo ver que no se les daba importancia; y como el rey no pensaba entonces en hacer la guerra en el continente, no quería aparentar que le interesaba demasiado la renovación del tratado de alianza con Prusia. De aquí que no se apresurasen á enviar á Berlín á la persona que pedía Federico; pero cuando esta persona, el duque de Nivernais, supo por él que se había firmado el tratado de Westminster, fué inútil que el partido prusiano de la corte de Francia aconsejase al rey que aceptara las cosas tal como se presentaban y que renovara el tratado admitiendo la neutralidad alemana, pues Luis XV resolvió escuchar las proposiciones que la corte de Viena le hacía llegar en secreto.

Kaunitz, el principal consejero de María Teresa, obstinábase, desde la paz de Aquisgrán, en procurar la reconciliación de Francia y de Austria, entendiéndole el único enemigo de ésta era Prusia y que, para recuperar la Silesia, el concurso de Francia era indispensable. Enviado como embajador á París, en octubre de 1750, Kaunitz fué el más seductor de los embajadores alto y guapo, de nobles modales y con su peluca de «trecillas de amor», causó sensación en Versalles y en París, vivió con gran boato, recibió en su palacio á los filósofos y á los asentistas y se hizo el liberal. Decía que las contiendas de las grandes potencias tenían por origen intrigas de reyezuelos y que bastaría la unión de Francia y Austria para imponer la paz á Europa. Al principio creyó que no convencería á la corte de Francia, y cuando salió de París, á comienzos de 1753, para encargarse nuevamente en Viena de la dirección de la cancillería, aconsejaba á María Teresa que se resignase á la pérdida de Silesia y que se reconciliase con Federico. Entonces los agentes extranjeros le tomaron por un campeón leal de la alianza inglesa.

Pero todo aquello era pura apariencia; en realidad, Kaunitz no renunciaba á sus planes y hasta llegó á pen-

sar en atraerse á Francia, á ser preciso, con sacrificios territoriales. Si estallaba la guerra, la emperatriz estaba expuesta á perder en la contienda sus dominios de los Países Bajos; ¿no era, pues, mejor cederlos para comprar por este precio el apoyo de Luis XV y el recobro de Silesia? Kaunitz expuso su plan en una conferencia secreta celebrada en Viena en agosto de 1755, siendo aprobadas las conclusiones del mismo que encerraban un vasto plan político: conservar la neutralidad en la contienda entre las potencias marítimas y emplear todas sus fuerzas contra Federico II; ofrecer á Francia la cesión de los Países Bajos al yerno de Luis XV, el infante don Felipe, á cambio de los ducados italianos de este príncipe que volverían á poder de Austria; entregar inmediatamente á las autoridades francesas Newport y Ostende; y prometer el apoyo de la candidatura del príncipe de Conti al trono de Polonia. Este programa era muy seductor para Francia, y Austria, á su vez, hallaría en él, aparte del recobro de Silesia, considerables ventajas, entre ellas la de disminuir la influencia de los Borbones en Italia en provecho de la suya propia. Renunciar á los lejanos Países Bajos para asegurar la dominación austriaca en Italia, era una anticipación de la política de Metternich.

¿Aceptaría Francia esta política enteramente nueva? Había que contar con el partido prusiano de la corte y con la popularidad de que Federico gozaba entre los filósofos. Starhemberg, que había sucedido á Kaunitz como embajador en Francia, recibió la orden de revelar al rey todo lo que en la corte de Viena se sabía del «misterio de la inteligencia secreta» que se tramaba en 1755 entre Londres y Berlín y de predicar la alianza de las casas de Austria y de Borbón, «puesto que hasta ahora sólo una ciega animosidad y antiguos prejuicios se han opuesto á una obra tan saludable y al mismo tiempo tan deseable para el mantenimiento de la religión católica y de la tranquilidad de Europa.» A fin de que las negociaciones tuvieran las mayores probabilidades de éxito, quiso en Viena que se llevasen muy secretamente. Starhemberg había de dar á conocer el plan concertado en Viena, bien al príncipe de Conti, interesado en que el asunto prosperase, bien á la marquesa de Pompadour; á ésta decidió dirigirse el embajador en 31 de agosto de 1755, y la favorita acogió complacida sus insinuaciones é hizo designar como negociador á un hombre de toda su confianza, el abate de Bernis.

Tenia éste entonces cuarenta y un años, era segundón, abate muy profano y algo poeta; se había lanzado al mundo en busca de una posición y la había conquistado. Deseoso de ser algo, creyóse un día con derecho á obtener un beneficio y lo pidió al cardenal Fleury. «Abate, respondiéndole el octogenario, nada tendréis mientras yo viva;» «¡Y bien, monseñor, esperaré!» replicó Bernis. Las damas, para vengarle, se propusieron hacerle entrar en la Academia y lo lograron, ayudadas por la señora de Pompadour. Embajador en Venecia en 1752, representó al rey con gravedad bondadosa, casi sacerdotal, con flexibilidad, habilidad y conocimiento suficiente de los negocios; de allí fué llamado á Francia para que conferenciase con Starhemberg.

En sus *Memorias* ha referido que vió al rey sin estar advertido de lo que de él se esperaba y que hizo resaltar los inconvenientes de una reconciliación con Austria.

«Veó que sois, como los demás, enemigo de la reina de Hungría,» parece que le dijo Luis XV; estas palabras debieron ilustrar á Bernis sobre la voluntad del monarca, y como, además, la señora de Pompadour le explicaría los agravios del rey contra Federico, el abate estaba perfectamente enterado de todo cuando en septiembre de 1755 se encontró con Starhemberg en casa de la favorita. Pero Bernis tardó mucho en escribir sus *Memorias* y las escribió para justificarse, pretendiendo escudarse en la voluntad del soberano. En realidad, Luis XV quería en aquel momento la paz con Austria, pero no aliarse con ella contra Federico II; por esto dió las gracias á la emperatriz por las intenciones que manifestaba, protestó de que, por su parte, «nada le era tan grato como establecer desde aquel instante sobre bases sólidas una unión constante é inalterable entre ambas cortes,» y se mostró afectadísimo por las revelaciones austriacas respecto de la actitud de Prusia, pero declarando, al mismo tiempo, que «fiel á su palabra y á las leyes del honor, no podía, á menos de tener las pruebas más patentes y los motivos más graves, no sólo romper con sus aliados, sino ni siquiera sospechar de su buena fe ni creerlos incapaces de infidelidad ni de traición.» Y añadió que si bien no quería declararse contra Prusia, se consideraría muy dichoso si la emperatriz, en su celo por la justicia, se declaraba contra Inglaterra y firmaba con él un tratado de garantía recíproca sobre las bases de Aquisgrán.

Kaunitz comprendió que la respuesta de Francia era una derrota, mas no se negó á discutir el plan que se le proponía, confiado en que ya se presentaría una ocasión de volver á hablar del suyo. En esto sobrevino, en enero de 1756, el tratado de Westminster.

Francia vió entonces que si Austria, rechazada por ella, se unía á Inglaterra, la guerra continental era inevitable y sería peligrosa; y á excepción de Belle Isle, que seguía intransigentemente fiel á la antigua política, los ministros opinaron que debían discutirse nuevamente las proposiciones austriacas de septiembre de 1755. En su consecuencia, se hizo salir de Berlín al duque de Nivernais, y el abate de Bernis, que representaba la nueva orientación, ocupó el primer puesto en la gobernación del Estado.

A pesar de las buenas disposiciones de los dos gobiernos, las negociaciones duraron tres meses: Luis XV se avenía á romper con Prusia con tal que la emperatriz hiciera lo propio con Inglaterra; y María Teresa no quería contraer el compromiso que se le exigía, porque se proponía concentrar todas sus fuerzas contra Prusia. Al fin, después de mucha resistencia, Francia consintió que Austria conservase la neutralidad respecto de Inglaterra; pero la corte de Viena pretendía obtener, á cambio de los sacrificios territoriales que ofrecía, una concentración armada contra Federico II y la desmembración de Prusia. Kaunitz escribía:

«Lo que nos mueve ó podrá movernos á conceder las ventajas, inestimables para la monarquía francesa, que le brindamos en los Países Bajos... es únicamente la recuperación de Silesia y del condado de Glatz, y, sobre todo, un debilitamiento mucho más grande del rey de Prusia, indispensable para nuestra tranquilidad, que es la recíproca y la condición *sine qua non* de aquéllas.»